

Venezuela: fábula de una riqueza El valle sin amos

LUIS JOSÉ OROPEZA
Artesano Editores/Cedice-Libertad
Caracas, 2014

Por TRINO MÁRQUEZ*

pp. 191-192

En esta obra, su autor, Luis José Oropeza, encara sin complejos y desmonta algunos de los mitos más arraigados que han recorrido la historia nacional. Uno de ellos, que Venezuela es rica; el otro, que existen unos codiciosos amos del valle que se han apropiado de la riqueza nacional y la han concentrado de forma avara y obscena. Sin mencionarlos explícitamente, el autor –abogado con posgrados en Economía y Ciencias Políticas en Gran Bretaña, Wisconsin y Boston– polemiza con las tesis de Francisco Herrera Luque y Domingo Alberto Rangel, quienes contribuyeron a divulgar la fábula según la cual ha existido una poderosa oligarquía del dinero y unos amos del valle que han acaparado inmensas fortunas.

Oropeza va realizando un recorrido que comienza con el Mito de El Dorado, pasa por los Grandes Cacaos y se extiende hasta nuestros días, con la persistente leyenda que sostiene que Venezuela es rica porque cuenta con ingentes cantidades de petróleo en su subsuelo. A lo largo de su libro, va develando dos hechos medulares. Uno: que en relación con los grandes vecinos de América Latina, los hacendados tanto de café como de cacao, no pasaron nunca de ser modestos productores agrícolas; mientras, la mayoría de las industrias jamás alcanzó los primeros lugares del continente. Dos: que el Estado, especialmente a partir de la explotación industrial de petróleo en la década de los años veinte del siglo pasado, se convierte en el factor económico más poderoso de la nación. Todo el país gira en torno de ese Leviatán que disfruta de los beneficios de la renta petrolera.

En realidad, si de amos del valle va a hablarse, hay que colocar al Estado como el gran señor, único poseedor de la mayor riqueza nacional: el petróleo. En Venezuela siempre ha existido un marcado desequilibrio entre el Estado y los particulares, a favor del primero. Durante el siglo XX encontramos un Estado rico, empinado ante una sociedad pobre. Los

* Sociólogo. Doctor en Ciencias Sociales. Profesor de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. Director Académico del Centro de Divulgación del Conocimiento Económico para la Libertad, Cedice.
Correo-e: tmarquez@cedice.org.ve

contrapesos sociales han sido débiles ante un sector público voraz, que limita, y en algunos casos asfixia, la iniciativa privada.

El contraste con los Estados Unidos y las sociedades más avanzadas es claro. En la potencia del Norte, la sociedad le ha impuesto límites al Estado desde su nacimiento como nación. Los espacios civiles han sido respetados y las organizaciones de la sociedad civil los han defendido. La propiedad privada ha sido resguardada porque los dueños del suelo y el subsuelo son ciudadanos que gozan de plenos derechos civiles. La riqueza es de la sociedad, que le transfiere parte de ese caudal al Estado a través de los impuestos.

La verdad es que —en términos de Oropeza— Venezuela nunca ha sido genuinamente rica, ni dominada por ningunos amos del valle. La riqueza ha sido acaparada esencialmente por el Estado, que otorga concesiones, permisos, licencias y distribuye beneficios a través de diferentes canales.

El epílogo del libro es particularmente interesante. El autor cuenta cómo en Carora, empresas de bienes y servicios que funcionaban de forma eficiente en manos privadas, fueron arruinadas una vez que la burocracia estatal las expropió. La experiencia se repite en la actualidad con el socialismo del siglo XXI.